

forman con ellos, con los ombrios, y con las hordas de los galos, llegados al opuesto lado de los Alpes, una formidable liga, que sin embargo, fué vencida en Sentino. Obtuvieron la paz los etruscos, pero no los samnitas. Recurrieron éstos para defenderse á los dioses de la patria, últimos restos de la libertad itálica. Reunidos en Aquilonia, rodean la tela un espacio de veinte piés cuadrados; despues de haber sacrificado víctimas, introducen uno despues de otro á los guerreros en este recinto, y les hacen pronunciar delante del altar horribles imprecaciones contra sí mismos y los suyos si llegaban á huir, ó que darian muerte á los que huyesen. Todo el que se negase á prestar el juramento era degollado por los soldados, que se encontraban alrededor del altar con la espada desenvainada.

Formaron de esta manera (290) un ejército de treinta mil hombres, que fieles á su juramento perecieron hasta el último, dando fin á la guerra despues de cincuenta y cuatro años de duracion. Quedó el país despoblado, y los samnitas que sobrevivieron se refugiaron á los Apeninos. Habiendo descubierto los romanos en el año siguiente á dos mil en una caverna los hicieron perecer por el humo. Se llevaron en triunfo 2.000.000 y medio de libras de cobre en barras, producto de la venta de los prisioneros, como tambien 2.660 marcos de plata, procedentes del saqueo de las ciudades y de los campos.

CAPITULO XVII.

Cartago.

Africa es el continente que ofrece más numerosas variedades. Empieza bajo nuestra zona templada, pasa casi en igual anchura bajo la línea, y remata bajo la zona templada meridional casi en punta.

Es una extensa península en figura de corazón: tiene de longitud mil ochocientas leguas, y de latitud trescientas. Súrcanla sólo un corto número de caudalosos rios; no posee mares mediterráneos, ni golfos, ni casi raras que permitan penetrar en lo interior de esa gran mole terrestre; no está rodeada de islas, y en su centro se encuentra un desierto casi tan vasto como la mitad de Europa. Extiende hácia las de-

mas partes del mundo el Cabo Bueno, por el lado del Mediterráneo; por el lado de América y al Occidente, el Cabo Verde; el Guardafil, al Oriente, y en el hemisferio meridional, el de Buena Esperanza. Hacia otra parte se acerca por el estrecho de Gibraltar, á Europa; por el de Bad-el-Mandeb, á la Arabia; y el arenoso Istmo de Suez, la junta con el Asia. Estos diversos puntos y sus costas se han conocido y frecuentado desde hace mucho tiempo, lo demas ha permanecido y permanece casi misterioso. Se remontan los florecientes reinos de Egipto y de Meroe á los primeros tiempos de la historia humana, y en modernos viajes se han descubierto vestigios de civilizacion en lugares donde se creia que no hubiese existido nunca. Bajo el reinado de los Ptolomeos se habia penetrado en lo interior del Africa para sacar de allí elefantes, que en las guerras de aquella época eran de utilidad suma: posteriormente dilataron los romanos sus conquistas hasta el país de los garamantos.

La revolucion más importante para lo interior de Africa fué la predicacion del islamismo. Apóstoles armados se trasladaron los mahometanos al corazón del país sobre los camellos de que habitualmente hacian uso en su patria, y de este modo abrieron comunicaciones directas con las comarcas que proveian de marfil y de oro. Muchos doctores musulmanes fueron en el año de 965 á extirpar la antropofagia y á establecer su religion entre los negros y en los oasis, que dieron al islamismo sus más fervorosos defensores. Multiplicáronse los descubrimientos despues de la fundacion de los imperios florecientes de Fez y de Marruecos. Levantóse el primero á su más alto grado de esplendor en el siglo XIII bajo Mansor el Califa. Mense Suleiman fundó entonces á Tomboctou, término peligroso de los últimos reconocimientos. Al regresar los moros á las costas septentrionales despues de su expulsion de España, aumentaron allí la civilizacion y la industria: luego cayeron sobre los países berberiscos feroces é ignorantes hordas, no para formar establecimientos, sino madrigueras de bandidos, que aún ahora continúan siendo una barrera entre ese continente y el nuestro.

Ya Roger de Sicilia habia mandado redactar á Edriso una geografia que reveló la exis-

tencia de muchas ciudades y reinos del Africa interior. Muchos viajeros se encaminaron á aquel punto, cuando despues del año de 1400 el ardor de los descubrimientos invadió la Europa; en 1455 los portugueses guiados por el veneciano Cadamosto, fueron los primeros que penetraron hasta el Senegal y Gambia; habiéndose establecido en la isla de Arquino, entablaron relaciones con muchas naciones negras; solicitando su alianza Bemoy, principe de los yaloffs, fué á Lisboa, donde se hizo cristiano el 3 de Noviembre de 1489, dió noticias acerca de Tomboctou y de la Guinea. En seguida se fijó muy puntualmente la atencion de los portugueses en el Congo, descrito mil veces por sus misioneros. Leon el Africano, autor de una descripcion de Africa, la más completa y rica hasta ahora, sirvió de mucho á Mármol, que á fines del siglo XVI escribió sobre aquel país añadiendo á lo que de dicho escritor habia tomado, muchas cosas nuevas recogidas en el curso de los años que hizo allí la guerra. Apenas doblaron los portugueses el cabo de Buena Esperanza, formaron establecimientos en aquellas extremidades meridionales, ensangrentadas con las continuas guerras de las tribus, que se matan en detalle, sin que logre reunir las en un solo cuerpo de nacion un grande imperio.

Puede decirse que el Africa está explorada desde el Cabo hasta el trópico de Capricornio. Solo las misiones se han adelantado bajo el trópico hasta el país de los bicinanos; pero la irrupcion que allí hicieron en 1823 los mantalos, pueblos nómadas del centro, parece debe ser un obstáculo para que se realice en mucho tiempo ningun otro descubrimiento. Estimulados los ingleses por narraciones exageradas acerca de la abundancia de oro de aquellos confines, instituyeron la compañía del Senegal y de Gambia, que emprendió muchos viajes de exploracion. Fueron imitados por los franceses que formaron tambien una sociedad para acelerar los descubrimientos de Africa.

Una porcion de circunstancias favorables levantó algo el velo que cubria la parte septentrional del territorio africano. Denhan y Clapperton avanzaron hasta el décimo grado de latitud Norte; los dos hermanos Lander, ingleses, fijaron su planta en Yuri en 1831; y ha-

biéndose embarcado en las aguas del Niger llegaron hasta la bahía de Biafra, reconociendo tambien el rio en todo su curso desconocido hasta entonces. Bien es verdad que más ocupados de ganar que de civilizar los europeos, sacaron del Africa marfil, especerías, negros, sin pensar en mejorar la condicion de sus moradores, ni aún casi en conocerlas.

Diferéncianse poco de nuestra raza los pueblos que habitan las costas situadas enfrente de Europa; pero avanzando en lo interior, el color de su cutis toma una tinta más oscura; sus cabellos se hacen lanosos, el perfil se altera, hasta que llega á ser completamente negro, y todavia se modifican por graduaciones infinitas en cafres y en hotentotes. Será importantísimo estudiar el desarrollo de estos pueblos, operado casi exclusivamente por sus propios esfuerzos, cuando los viajeros hayan llevado sus descubrimientos á través de los desiertos en que parece quiere ocultar la naturaleza sus gigantescas obras; cuando la civilizacion europea pueda imponer su saludable yugo á un continente, que ya conocido por las naciones más antiguas y vuelto á pesar do todo á la barbarie, ha continuado tambien en parte sustrayéndose tenazmente á las investigaciones de la avaricia, de la ambicion, de la caridad y de la ciencia.

A la parte septentrional ha limitado la historia sus tradiciones. Herodoto ya la dividia en tres partes, la Libia habitada, la Libia salvaje, la Libia desierta, llamadas por los modernos, Berberia, Biledulgerid, Sahara. Abarcaba la nigricia, el Soldan y el resto de Africa bajo el nombre general de Etiopia. Este filósofo viajero no penetró en Africa, sino que durante su permanencia en Egipto se informó minuciosamente de los naturales de la Libia acerca de lo concerniente á sus respectivos países; hasta pudo bosquejar una descripcion de ellos muy aproximada á la verdad como lo van demostrando evidentemente los modernos descubrimientos.

«Se conoce el Nilo, dice, hasta una distancia de cuatro meses de navegacion, además de su curso á través del Egipto. Lo que hay más lejos nadie podria decirlo positivamente por hallarse desierto el país, á causa del calor excesivo. No obstante los cirineos, que aseguraban

haber ido á consultar al oráculo de Ammon y platicado con Etearco, rey de los ammonios en las fuentes desconocidas del Nilo, cuentan haber oído decir al rey que una vez se habian presentado en su córte ciertos nasamones, pueblo líbico, que habita la Sirte, y un espacio de país poco extenso al Oriente de ella. Como se les preguntase si tenian que exponer algo acerca de los desiertos de la Libia, refirieron que hubo en un tiempo en su país ciertos jóvenes emprendedores, hijos de hombres poderosos, que llegados á la edad viril imaginaron entre otras locuras sacar por suerte cinco de ellos para explorar los desiertos de Libia, y ver acaso alguna cosa más que aquellos que habian visitado las regiones más remotas. Toda la extension de la Libia cerca del mar Boreal, empezando por Egipto hasta el promontorio Soloes, se halla completamente habitada por libios, que se dividen en muchas naciones, exceptuando la que ocupan los griegos y los fenicios. Pero en las partes superiores, más allá de las costas y de los pueblos que habitan á lo largo del mar, se encuentra la Libia, que está invadida por fieras; y encima de la mansion de aquellos animales se descubren arenas, una aridez horrible, y por do quiera el desierto. Encamináronse, pues, aquellos jóvenes, despues de hacer provision de agua y víveres, primeramente por el país habitado, y atravesándolo, ganaron el país de las fieras. Desde allí se engolfaron por el desierto marchando contra el viento céfiro. Despues de haber cruzado algo de terreno arenoso durante gran número de dias, descubrieron al fin árboles que se alzaban en la llanura, y acercándose gustaron sus frutos. Mientras comian se presentaron unos hombres pequeños, de estatura ménos que mediana, que se apoderaron de ellos llevándose los consigo. No entendian unos el lenguaje de otros; atravesando extensos pantanos llegaron á una ciudad donde todos eran de la misma estatura que sus guías y del color negro. Cerca de la ciudad resbalaba un caudaloso río, cuyo raudal se dirigía de Poniente á Levante, y en sus aguas se veian cocodrilos. Este fué el relato del ammonio Etearco. Segun lo que manifestaron los cirneos, añadió que los nasamones habian vuelto á su país y que los hombres entre quienes habian estado eran todos adivinos. Pero

Etearco conjeturaba que el río á que se aludia era el Nilo, lo cual parece más razonable.

Aun cuando no indique Herodoto en este pasaje ni en otro alguno que los viajes se hicieran por caravanas, es evidente que cinco jóvenes pertenecientes á las primeras familias, yendo con grandes provisiones de víveres y de agua, no podian viajar en semejante país de otra manera. Tambien Mungo-Parcko nos ha enseñado que los negros practican la mágia, tienen fé en los amuletos y son hospitalarios; lo cual nos induce á creer que llegaron al país de ellos los cinco nasamones. Lo más digno de atencion en este viaje es el curso del río de Occidente á Oriente. Mientras no se conoció en Africa ningun río que corriera en esta direccion, se pudo creer que se equivocaba Herodoto; pero en lo sucesivo se ha descubierto el Joliva, gran río, ó Níger, que desagua en la bahía de Benin, y á cuyas orillas están situadas las principales ciudades del Africa interior.

Comprendíanse en la Libia habitada, la Mauritania, el territorio de Cartago, la Cirenáica, la Marmárica, que actualmente forman la parte más septentrional de los estados de Marruecos, Argel, Tunez, Trípoli y Barca, países fértiles y poblados, á excepcion de algunas llanuras arenosas junto á la costa de Trípoli y al Oriente de Barca, antiguamente recorridas por tribus errantes. Este confin se halla dominado por la cordillera del monte Atlas, que cruza el Africa bajo el 30° paralelo Norte. Las fieras que se encuentran en la parte occidental y los dátiles que produce en abundancia, le han valido su nombre antiguo y su nombre moreno. Termina en Sahara, desierto que se dilata desde la costa occidental hasta Egipto; luego, al otro lado del Mar Rojo, cruza la Arabia y las provincias meridionales de la Persia hasta el centro de la India occidental. Este desierto, árido y arenoso, abrasado por el sol, cuyos rayos caen allí perpendicularmente, se halla interrumpido de trecho en trecho por islas de verdura regadas y cultivadas; ningun país ofrece el espectáculo de una aridez tan desnuda inmediatamente unida á la vejetacion más vigorosa.

Sería del mayor interés poseer noticias extensas y minuciosas sobre el único estado independiente que se ha elevado en la costa de Africa; sobre esa Cartago, primera república

conquistadora, al par que mercantil de que hace mencion la historia, y que por espacio de muchos años resolvió el problema difícil de hacerse rica conservando la libertad; pero la tradicion nos deja completamente á oscuras. Ciertamente tuvieron los cartagineses historiadores nacionales, pero sus obras han perecido. De ellos no hacen mencion, sino en lo que concierne á su país, griegos y romanos. Hasta el mismo Herodoto, cuyo plan debia conducirle incidentalmente á hablar de Cartago, no nos ha trasmitido de ella sino algunas indicaciones, y su valor aumenta el sentimiento de que sean tan escasas. Aristóteles dijo sobre ella algunas palabras en su *Política*; pero con aquel juicio lleno de sutileza que hace deplorar la pérdida de sus libros sobre las instituciones. Aun cuando Justino consultó á Teopompo y á Timeo, no alegó más que noticias en su mayor parte incongruentes y además escasísimas, especialmente en lo relativo á los más prósperos tiempos de aquella república. Diodoro de Sicilia nos distrae con sus guerras contra Siracusa, si bien es pobre de noticias y á mayor abundamiento inexacto. Polibio apunta preciosos permenores sobre su constitucion, y documentos auténticos ignorados de todos los demas escritores. Tito Livio, y aún más Appiano, además de copiar exactamente á Polibio, no saben otra cosa que las guerras, y las cuentan con las preocupaciones del poder victorioso que aspira á borrar todo recuerdo de su rival.

Las conquistas que las armas y la civilizacion de los franceses hacen en este momento en aquel territorio, inducen á concebir la esperanza de que nuestros conocimientos se aumentarán en este punto; y podremos formar algun dia una idea más clara de la construccion y de la historia de Cartago.

Sus principios, como los de casi todas las ciudades antiguas, se pierden en una nube de fábulas. Al referir la tradicion vulgar que Dido ó Elisa huyó de Sidon para librarse de Pigmalion, su cuñado, que habia asesinado á su marido, se aparta sin duda de la verdad histórica; pero indica, no obstante, que las discordias civiles obligaron á parte de los ciudadanos á emigrar al Norte de Africa desde la Fenicia. Ya se habian establecido otras colonias en aquellas playas, atraidas por la facilidad de las co-

municaciones con la España meridional, que era entonces para los fenicios lo que Méjico y el Perú fueron más tarde para los españoles. La colonia, personificada en Dido, obtuvo á precio de oro permiso para erigir una ciudad (378) en una situacion tan favorable, que para hacerla poderosa bastaba querer que lo fuese. Fué la primera construccion la de la ciudad de Birsa, llamada actualmente fuerte de Mastinax por los cristianos y Almenara por los naturales; en lo sucesivo formó la parte alta de la ciudad, cuando extendiéndose la ciudad baja tomó el nombre de Megara. Se hallaba situada en un espacioso golfo formado por lo saliente de los cabos Bueno y Zibib, sobre una península entre Túnez y Utica, ciudades que se descubrian desde lo alto de sus almenas. Tiene el istmo cuatro millas de ancho, y sus murallas tenian veintitres de circuito.

Su origen hizo á Cartago independiente de la madre patria; no subsistieron entre ellas más vínculos que aquellos deberes piadosos prescritos de metrópoli á colonia por el derecho público de los griegos y de los fenicios. Así los tirios negaron á Cambises el socorro de su escuadra para atacar á Cartago, que enviaba presentes y diputaciones al dios de Tiro, y los cartagineses acogieron á las familias que se desterraron de esta ciudad cuando fué sitiada por Alejandro.

Hallaron los fenicios en la ribera donde se establecieron pueblos nómadas, como, por ejemplo, los libios, los maxios, que se dejaban crecer los cabellos por el lado derecho y se los rapaban por el izquierdo; los zauecos, cuyas mujeres guiaban los carros de guerra; los gizantos, que se pintaban el cuerpo de minio y se alimentaban con carne de mono y con miel, muy abundante en aquellas playas. Consistió la habilidad de los recién llegados en mantenerse en cordial inteligencia con aquellas poblaciones y en servirse de ellas en interés propio; prosiguiendo así hasta que superiores á ellos en todo, llegaron á sujetarles, estableciendo allí colonias; éstas, por la mezcla de ambas naciones, dieron origen á la raza de los libio-fenicios, y los enseñaron á tener moradas fijas y á cultivar el terreno. Sin embargo, las sirtes y la playa septentrional entre la grande y la pequeña sirte, que forma ahora el reino

de Trípoli, no eran adecuadas para el cultivo. Habitábanlas los lotofagos y los nasamonés, pueblos pastores y nómadas que les servían de mediadores para el comercio interior; además formaban una barrera contra Cirene, con la que tuvo Cartago prolongadas querellas, hasta el momento en que determinaron sus límites los dos estados.

Las demás colonias, fundadas directamente en aquella costa por los fenicios, eran más bien aliadas en favor de Cartago, que se hallaba al frente de la confederación; después venía Utica. Pero esta alianza no abarcaba toda la costa, difiriendo las poblaciones entre sí mismas; resultaba de aquí una debilidad interior acrecida más aún con las vejaciones de que eran blanco, como acontece á menudo, por parte de los pueblos comerciales.

Ningun pueblo de la antigüedad entendió mejor el sistema de colonización que los cartagineses: según ellos era el mejor modo de impedir que la población fuese excesiva, de satisfacer á los ciudadanos pobres y de alimentar el comercio con la agricultura. El tributo que percibía Cartago constituía su tesoro público, y con ayuda de estos subsidios sostuvo tantas guerras é hizo tantas conquistas. No la impelia el mismo resorte que á los medos y á los persas, sino el deseo de proporcionarse nuevos establecimientos de comercio. Atenta á no adquirir más de lo que podía conservar, le parecieron bajo este punto de vista mucho más favorables las islas. Mal podríamos rebatir esta opinión después de haber visto á Inglaterra rechazada de la América septentrional y de la India, al paso que en las islas del mar indico se mantiene Holanda. Primeramente se mostraban á sus ojos en el Mediterráneo la Cerdeña y las Islas Baleares; fueron sometidas con otras no tan extensas, contándose tal vez la Córcega entre ellas. Invadieron después la Sicilia, precisamente en el momento en que se ostentaban vencedores los persas á las órdenes de Ciro, Cambises y Darío (550-480). Es de creer que también se apoderaron de Canarias y de la Madera. A ejemplo de los fenicios enviaban colonias á tierra firme, como á España y á la costa occidental de Africa, teniendo siempre cuidado de que permanecieran débiles á fin de que no infundieran temores.

Cartago fué principalmente deudora de su dominación en estos países á Magon, á dos hijos suyos y á seis de sus nietos. Este fué quien creó su ejército, perfeccionó su táctica militar, y asentó en Sicilia las bases de su poderío. Asdrubal y Amilcar, sus hijos, conquistaron la Cerdeña, donde, después de haber sido once veces general, murió más tarde el primero. Amilcar se quitó la vida en Sicilia, por no sobrevivir á la derrota que le había causado Gelon de Siracusa. Este último había dado el ser á Imilcon, quien le sucedió en el mando del ejército de Sicilia, á Hannon y á Giscon. Asdrubal había dejado tres hijos, Anibal, Asdrubal y Saffus, generales que pelearon victoriosamente contra los numidas y los mauritanos.

Fundaron los cartagineses en Cerdeña á Cagliari y Sulchi, y como esta era la más importante de sus provincias la consideraban al igual del Africa. Sacaban de allí granos abundantes, especialmente en los valles, donde extendieron la agricultura, si es que no fué llevada por ellos; extraían de sus montañas piedras finas y metales.

Cuando ocuparon la Córcega los focéos, impacientes del yugo de los persas, y construyeron á Alalia, hicieron sombra á Cartago sus intrépidos navegantes, y los lanzó de aquel punto (536), de acuerdo con los etruscos, menos deseosos de poseer aquella isla que de estorbar que estuviera en poder de negociantes demasiado esclavizados.

Al revés consagró todos sus afanes á hacerse señora de la Sicilia, como una posesión de la cual dependía su supremacía en el Mediterráneo, el avituallamiento de los ejércitos y el comercio de aceite y vino. No hay, pues, que asombrarse de que ostentara allí la obstinación peculiar de los gobiernos aristocráticos, aunque enfrenadas sus colonias en esta isla con los celos naturales de las aristocracias mercantiles, no pudieron nunca prevalecer absolutamente contra los griegos que defendían ciudades ricas, independientes y de su propia pertenencia. Sin embargo, no fundó allí establecimientos nuevos y no hizo más que ocupar los que en otro tiempo poseyeron los fenicios; de esto se alarmaron los griegos extremadamente, y con especialidad cuando Darío y Jerjes procuraban reclutar enemigos contra sus enemigos. A pesar de

todo, el día en que este último fué derrotado en Salamina, Amilcar, hijo de Magon, fué también vencido en Sicilia, se dió muerte y costó mucho á los cartagineses defender sus posesiones.

Procuraron adquirir otras nuevas bajo el reinado de Dionisio el Viejo, y con este fin tomaron parte en las disensiones suscitadas entre Segesto y Selinunta, adhiriéndose á la causa de la primera, lo cual les sirvió de pretexto para apoderarse de las demás ciudades. Pero Dionisio y Agatoclo, cuyo intento era no hacer más que un sólo estado de la Sicilia, estuvieron á punto de arrojarles de allí completamente: Agatoclo osó llevar sus armas hasta bajo los muros de Cartago, donde inspiró el suficiente espanto para que sus moradores entregasen doscientos niños á su ídolo encendido. Pasado este peligro, los cartagineses tuvieron siempre un pié en la isla del Sol, y su constancia, en contraste con la ligereza de los sicilianos, estado el más turbulento de la Grecia, hubiera acabado por ponerles en posesión de toda la Sicilia, si hubieran tenido un caudillo de capacidad á su cabeza. Continuóse una guerra sangrienta de 410 á 264 con vária suerte, alterando de continuo la extensión de las posesiones de los cartagineses, que al celebrarse la paz de 383 comprendían un tercera parte de la Sicilia y tenían por límite al río Alico.

Mallorca, Menorca, Ibiza, suministraban á Cartago vino, aceite, lanas finas y mulas. Gaulles, Cercina, Melita (Gozzo, Cherchinesso, *Malta*) pertenecían anteriormente á los fenicios. Tenían los cartagineses, especialmente en la primera, sus principales tejedurías de lino, y les servían además todas de estaciones para el comercio y de puntos de recalada para sus naves.

Tuviéronle á distancia de la Galia los focéos de Massilia; sacaban de Liguria soldados excelentes y marineros mercenarios. No logrando establecerse en Italia, celebraron alianzas tanto con los etruscos como con los romanos, quienes sin embargo los miraban con ojeriza.

Desde muy temprano empezaron á fundar en España colonias, en las comarcas donde ya las tenían los fenicios, especialmente en Andalucía y en Gades. Mantuvieron relaciones con los diferentes pueblos del país, se derramaron por todas partes como mercaderes, é hicie-

ron de Cádiz su puerto de escala para navegar allende el estrecho. Ocupándose con especialidad en la explotación de las minas, ya abiertas por los fenicios, supieron sacar partido de ellas para sostener prolongadas guerras. Cuando posteriormente perdieron la Sicilia y la Cerdeña aspiraron á indemnizarse, conquistando toda la España.

Sería imposible comparar aquellas colonias á las posesiones de los ingleses y de los españoles, dilatándose en mayor número sobre extensas provincias; sino más bien á la cadena de establecimientos formados por Holanda y Portugal en las Indias Orientales. Allí no se enviaban más que gentes pobres, que llevaban la esperanza de enriquecerse por medio de un tiránico monopolio á estilo de los negociantes de Amsterdam y de los nababes británicos. Con este objeto las fundaban hasta en los países más remotos, si bien siempre sobre el litoral, para depositar allí las mercancías y aprestar los cargamentos: estas escalas venían á ser en lo sucesivo causa accidental de más vastas conquistas. Enlazábales el culto del dios Melcarte á la ciudad madre, que procuraba esmeradamente mantenerlas en sujeción absoluta. Por eso á lo par que las colonias fenicias y griegas se rebelaron contra la madre patria, ninguna de éstas llegó á luchar con Cartago, y ménos todavía á sobreponerse á ella, ni aún siquiera Panormo, la más famosa de todas.

En la época más esplendorosa de la república fué enviado Hannon para fundar una cadena de ciudades en la costa occidental de Africa, á lo largo del Atlántico, en los lugares donde se alzan actualmente Fez y Marruecos. Felizmente nos ha sido conservado el relato de su expedición, depositado por él en un templo, donde hubo de ser copiado inexactamente por algun griego. Vemos con qué poder y vasta proporción conducía Cartago sus empresas marítimas. Se dió á la vela con sesenta barcos llevando treinta mil colonos, tanto de hombres como de mujeres y niños que repartió entre seis ciudades. Se adelantó hasta la Senegambia donde procuró en vano apoderarse de algunos hombres, porque huían precipitadamente defendiéndose á pedradas. *Pero, dice, tomamos tres mujeres; más como rompían sus ligaduras y mordían con rabia, les dimos muerte; después,*